

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VICHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse de esta- mente á esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. — El precio de sus- cripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi. —
La muerte del justo,, poesía por Enriqueta Lozano
de Vilchez — H. y mas allá! novela original por id.
Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Un artesano que nada posee, necesita una artesana que no se avergüence de salir á la calle con el vestido remendado, y lleve en do- te su trabajo.

Dote que para sus necesidades será mucho mas positivo que el que pueda darte en metá- lico tu padre.

Pasemos á la segunda: el amor no es la estimacion.

El amor es como esos cristales de óptica que nos hacen ver montes y lagos, y bellos efectos de luna en donde no hay mas que al-

gunas líneas groseramente trazadas; ó si no, es como los rayos del sol, que refl jándose en un vidrio desquebraj do, le hacen brillar á nuestros ojos cual si fuesen un espléndido dia- mante.

Pasagero como el rayo, no necesita mas combu- tible que el indispensable para formar- se y tomar impulso.

¿Para qué ha de llenar su alforja el cami- nante, si sabe que est á próxima la noche y el término de su jornada? En la union de un dia, ¿qué importa que sean verdaderas ó ficticias las cualidades con que adornamos al objeto amado?

La madre naturaleza, que todo lo ordena y dispone sábiamente, ha creado el amor impe- tuoso, violento, irreflexivo, para hacernos abrazar con mucho júbilo la cruz del matri- monio.

Pero el matrimonio tiene de ante de sí mu- chas horas, muchos dias, la eternidad relativa de la vida.

Justo es pensar si la estimacion podrá reemplazar algun dia al amor, y consultar

sobre esto, al par que á nuestra razon, á personas juiciosas y autorizadas.

La estimacion no puede existir sin la virtud, sin el respeto que nos imponen las bellas cualidades del ser con el cual dividimos la existencia, sin una completa afinidad de educaciones, que produzcan las mismas tendencias, los mismos gustos, el mismo modo de juzgar y sentir las cosas.

Cuando no existe la estimacion no puede existir el respeto, y si dos seres obligados á vivir juntos no se respetan mutuamente, es imposible que hallen jamás ni calma ni alegría.

Dices que Eugenio ha renunciado al comercio, que tiene génio y quiere ser poeta.

Otro escollo. Si esto es solo por ambicion, muy mala idea dá de su buen juicio el que abandona un estado honroso y quiere salir de su esfera; y si verdaderamente le estimula el génio... Ay! Julia, el genio, enamorado como Narciso de sí mismo, rara vez, muy rara vez cifra su afecto en la familia.

Por regla general los hombres célebres no sirven para maridos. Fuegos fosfóricos que alumbran las tinieblas, pero que no dan calor.

Además, aunque por ese medio se introduzca en la sociedad en donde tu vives, tomará de ella solo el barniz, quedando indelebiles los hábitos de su niñez en el fondo de su alma; Y esos hábitos comprimidos, se desplegarán con mayor fuerza en el secreto del hogar doméstico contrastando con los tuyos.

¡Ah Julia, tú no sabes cuán difícil es de conllevar la vida íntima y evitar los choques de intolerancia y groseria, que abren de par en par las puertas á la discordia.

Y cuenta que tú acaso podrás perdonarle su inferioridad; pero él nunca jamás acertará á perdonarte quen le avetajes.

El amor terrestre es un sentimiento tan frívolo que cede y se anonada ante cualquiera mortificacion del amor propio, y ¡quien sabe si una sañuda guerra doméstica será el primer espectáculo que se ofresca á los ojos de tus hijos!

Tu padre y tu tia no aprueban este casamiento. ¡Oh, mi dulce amiga: los ancianos

son los centinelas avanzados en el camino de la vida, que nos dan sin cesar la voz de alerta: ¡desdichados de aquellos que menosprecian su salvador aviso, que locos y desatentados irán á caer en el abismo!

Escuchemos con recogimiento su voz autorizada.

Nos aman y están ricos de experiencia, ¿qué consejo podrá nunca jamás ser mejor que su consejo?

Dices para escusar tu capricho que el amor es ciego; pero ¿no te pareceria muy insensato el viajero, que sabiendo que su guia es ciego le eligiese para atravesar una senda peligrosa?

Dices tambien que te es imposible resistir á tu pasion.

No, Julia, sobre las pasiones está la razon—está el libre alvedrio. Si el hombre que avanza hácia el mal no pudiese retroceder, no sentiria el torcedor de los remordimientos.

En fin, tú prescindes de los tuyos y Eugenio te ha hecho la promesa de prescindir de su familia.

Mal debe augurarse de una union basada sobre la ingratitud y el egoismo.

Pero Julia, ¿no sabes que la mujer es el atlante de la familia y que la sostiene ¡sobre sus hombros, como aquel sostenia sobre los suyos la bóveda del cielo? ¿Y no sabes que la familia se compone de encontrados y diversos elementos?

¡Sublime figura colocada entre dos generaciones, una que viene y otra que se vá, la mujer recoge las últimas lágrimas del anciano y las primeras lágrimas del niño!

Con una mano sostiene el tardo paso de su padre, con la otra el vacilante paso de su hijo, y reuniendo ambas cabezas sobre su amoroso seno, entrelaza el rubio cabello del recién nacido con la blanca cabellera del que se vá inclinando hácia la tumba.

¡Sagrado ministerio, inefable sacerdocio, que eleva á la mujer hasta las mas puras regiones ideales!

Los viejos, Julia, son los Dioses penates de la casa.

¡Triste del hogar cuyo resplandor no alum-

bre la venerable figura de la ancianidad, evocando las bendiciones del cielo sobre las amadas frentes de sus hijos!

¡Dichosos los niños que juegueteen sobre las rodillas de su abuelo, y truecan con él ósculos por ósculos, sonrisas por sonrisas! ¡Dichosos los abuelos que espiran rodeados de sus nietos! Dichosos los esposos que confunden en uno solo, los dos grandes amores de la vida.

Julia, tu padre y tu tía morirán lejos de tí, reclinando su cabeza sobre el seno de un extraño...

La mujer abandonará á sus padres para seguir á su marido: Jesucristo lo ha dicho; pero feliz, ¡ah! muy feliz aquella que siendo madre, pueda acordarse con santo orgullo de que ha sido hijo.

He dejado para lo último los medios de subsistencia.

Piénsalo bien.

El amor, enjendro de la materia, se desvanece pronto ante las privaciones materiales. Ese sentimiento que te parece llenar el universo, desaparecerá de tus ojos así que te falte la cosa mas pequeña. De la casa en donde no hay recursos huye la paz despavorida...

Las esperanzas son muy hermosas, pero si se trata de capitalizarlas suelen dar por resultado cero.

Ya sabes que no te aconsejo un casamiento de interés porque Jesucristo ha dicho tambien, «El hombre no vive solo de pan.» Pero lo necesario, Julia, lo necesario... Por tu bien, por el de tu futura familia te ruego que lo medites.

(Continuaré.)

Angela Grassi.

Muerte del justo.

Rápidas corren las tranquilas horas
con que termina la callada noche,
y á impulso de la brisa seductora
abre la flor su broche,
la vuelta ansiando de la nueva aurora,

*Las inocentes aves despertando
con cándida alegría,
modulan de su canto la armonía,
á su Dios saludando
ante el lucero que precede al día.*

*Las anchas alas de la sombra oscura
replega la alborada
con su plácida luz suave y pura,
y la brisa aromada
agita blandamente la espesura.*

*¡Mas no brillará el sol puro y dorado
para el que triste espira,
y en el lecho de muerte fatigado
Pálido y angustiado,
por otro mundo en su dolor suspira!*

*En torno vagan de su blanco lecho
los hijos de su alma,
presa del llanto; el inocente pecho
por el dolor desecho,
mientras él á su Dios invoca en calma.*

*Por un momento la congoja fiera
llena de hiel su corazon de hombre,
y con voz lastimera
les dá su bendicion por vez postrera,
mientras murmura de su Dios el nombre.*

*El ángel puro que guió su planta
de la vida en el áspero sen lero,
su espíritu levanta
á la presencia santa
del potente Señor del orbe entero;*

*Que allí junto á su lecho colocado,
disipa de la muerte los horrores
al resplandor de su mirar sagrado,
que alienta, en el posado,
de la dulce esperanza los fulgores.*

*Y con suave afán y con ternera,
en tu zando benigno su agonía,
de su Señor le recuerda la grandeza
y la casta pureza
y el amor infinito de María:*

*De la Virgen s-grada, cuya mano,
cuel iris de bellísima esperanza,
se extiende hácia el cristiano,
y le da, con su amparo soberano,
de llegar á su Dios cierta esperanza.*

*Y allí está, allí, que descendió del cielo
para guiar al justo en su camino,
para cubrirle con su casto velo,
y conducirle con su materno anhelo
á las moradas del amor divino.*

*Ella pone en el labio que bendijo
mil veces con amor su dulce nombre,
el signo de la cruz s-grado fijo,
y el que entonces espira ya no es hombre,
sino su dulce y predilecto hijo.*

*Ella calma las penas que decoran
al moribundo padre,
al ver los hijos que piedad imploran:
pues se ofrece á ser madre
de aquellos niños que sin fuerza lloran.*

*Y al extinguirse la movible llama
de la existencia del que fué su amigo,
y que al morir su protección reclama,
en él la luz de su mirar derrama,
y «no temas, le dice, estoy contigo.»*

*Y cuando su esplendor el nuevo día
por la rica creación va derramando,
termina el moribundo su agonía;
sus preces murmurando
y el purísimo nombre de María.*

*Y en tanto que vertieron amargo lloro,
gimen sus hijos entre angustia tanta,
de los Sagrados Angeles el coro,
pulsando el harpa de oro,
su nueva entrada en el empireo canta.*

Enriqueta Lozano de Vilchez.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

El cochepartió y Adrianesi se halló en el caso de poder hablar libremente.

—V. conoce toda la historia de Nina, exclamó entrando resueltamente en materia. V. conoce toda la historia de Nina?

—Oh! si señor mejor que ninguno de cuantos la tratan.

—Entonces sabrá V. los lazos que la ligan con el marqués del Prado.

—¿Y cómo nó, si su administrador mismo fué á buscarle cuando quiso encargarse de la suerte de esa niña?

Yo mismo presencié aquella escena, yo mismo fui testigo del sublime desprendimiento de Nina que prefirió la pobreza á separarse de los que amaba.

—Pues bien, hoy la providencia se ha encargado de resolver aquel problema.

—No comprendo á V.

—La mano de Dios á guiado á esa niña al lado de su abuelo, y la ha detenido allí, para que la conozca y lo ame.

—Es posible? entonces ella está...?

—En la casa del Marqués. Yo ignorando los vínculos que la ligaban, la llevé allí, y allí se puso enferma hasta el extremo de no poder salir de aquella morada.

—Pero el Marqués sabe quien es?

—Si, por que además que una multitud de circunstancias se lo ha revelado, ha habido un ángel que se á encargado de mostrarle el camino de su deber.

Y Adrianesi refirió al sacerdote todo lo que Clara habia hecho en favor de la huérfana sola y desamparada.

El padre Antonio le escuchó con atención profunda, y después cruzando sus manos é inclinando la frente con profundísima humildad.

—Señor, dijo, cuán inescrutable son tus juicios y cuán misteriosos tus caminos!

—Ahora, exclamó Adrianesi, dígame V. que debo hacer, por que con la venida de esos infelices, la situación que creíamos tan fácil se complica terriblemente.

—Y por que? Agustín está muy cambiado y todo el odio que sentía hacia la familia del Marqués, se ha disipado ante el amor con que Nina llena su alma; yo confío pues que lo olvidará todo y no pondrá obstáculo en ir á la casa en que su nieta se halla.

—Pero si Agustín se presta á pisar el palacio del Marqués, este quizá no consentirá en que penetre allí.

—Que no consentirá? exclamó con admiración el anciano sacerdote.

—Será muy posible. Los pobres suelen olvidar sus resentimientos. Las ricas nunca olvidan su orgullo. Además, recuerde V. la condición espresa que puso á Nina para otorgarle su protección. ¿Quería que dejase para siempre á los suyos!

—Es verdad!

—Ya ve V. que la situación es crítica para mí, y que Agustín y Lucía me estrechan para que los lleve á ver á su querida enferma.

El sacerdote pareció reflexionar.

Permaneció algunos instantes silencioso hasta que al fin exclamó como el que adopta una resolución extrema.

—Está bien: yo iré primero á ver á Nina, yo hablaré con el marqués. Por algo sin duda me inspiró el cielo la idea de venir. Oh el corazón me decía bien que podía serles de alguna utilidad.

La media hora se había pasado y el auriga tocando al cristal, le manifestó así á los dos ancianos, preguntando á donde les iba á conducir.

El maestro dió las señas del palacio del Marqués del Prado, y un cuarto de hora después se detenan ante la puerta de la suntuosa morada del antiguo aristócrata.

Como Adrianesi era conocido de los criados, nadie puso reparo alguno en que pasaran adelante, aunque les llamó la atención la presencia de aquel pobre cura de aldea tan modesto como sencillo.

—Prepararé á Nina, dijo Adrianesi deteniéndose en la antecámara que precedía al cuarto que ocupaba la joven: prepararé á Nina para que vuelva á ver á V., ella está acostumbrada á mirarme á su lado todos los días, pero hoy es otra cosa.

El padre Antonio se sentó en el extremo de un diván, y permaneció en aquella estancia mientras el maestro cumplía su cometido.

El noble anciano que despreciaba con toda su al-

ma las grandezas y vanidades de la tierra, se sentía no obstante tímido y cortado en aquellas habitaciones cubiertas de alfombras y cortinajes.

Oh! y era verdad su puesto no estaba allí. Su lugar era junto á los desgraciados, lejos de los goces, cerca de las lágrimas, prestando consuelos, aceptando sacrificios, imitando en fin á su Dulce y Divino Redentor.

Adrianesi llegó hasta la joven enferma, con la autoridad que le prestaba la costumbre de ir á verla dos ó tres veces al día, y fué recibido por ella con una suave y melancólica sonrisa.

Clara que estaba á su lado, miró al maestro con pesar. En aquella mirada se adivinaba siempre el estado mas ó menos satisfactorio de la enferma.

¡Tanto era lo que Clara se interesaba por ella!

—Como te sientes, hija mía? preguntó el maestro con cariño.

—Oh! bien, muy bien, respondió Nina, y ¿cómo había de estar, cuidada con tal esmero, y cercada de tanto amor?

—Segun eso ¿eres feliz?

—Sí, se apresuró á responder la niña, aunque con voz débil.

—Completamente feliz? hasta el extremo de no desear nada? insistió Adrianesi con intención.

—Me trae V. noticias de mi aldea? preguntó la niña con afán, adivinando alguna cosa tras aquellas palabras, me trae V. noticias de mi aldea?

—Sí, hija mía, sí: te traigo noticias de los que te aman.

—Oh, hable V. saben que estoy enferma?

—Sí.

—Y que dicen?

—Que no pueden vivir sin verte.

—Dios mío! van á venir?

—El padre Antonio...

—Mi buen protector!

—Si tuvieras calma, sino te agitaras demasiado...

—Y cuando? cuando lo veré? preguntó Nina con afán.

—Cuando tu quieras!

—Cuando yo quiera? entonces... entonces está ya aquí?

El maestro cayó.

Clara se acercó á su amiga y tomando su mano, exclamó dirigiéndose á Adrianesi.

—Oh si es verdad, que venga, que venga pronto. ¿no vé V. que la impacencia la hace mas daño que el placer que á de recibir?

El maestro se dirigió á la puerta de la estancia, hizo una seña con la mano, y el padre Antonio, pálido, conmovido, con los ojos llenos de lágrimas, se adelantó hacia Nina que exaló un grito de gozo y le tendió los brazos con un movimiento lleno de gracia y de ternura.

—Padre mio, padre mio! exclamó con voz débil, al fin le vuelvo á ver á V. yo creía que me iba á morir sin recibir su bendición!

—Hija de mi alma! valvuceó el anciano, vesando la frente de Nina, hija de mi alma! cuanto anhelaba verte, estar á tu lado!

La jóven tomó aquella mano querida y apoyó en ella sus labios con veneración y cariño, mientras el sacerdote enjugaba una lágrima lenta y silenciosa que rodaba á su pesar por sus arrugadas mejillas.

La palidez de Nina, su aspecto abatido le causaron un sobresalto cruel y un profundísimo pesar.

—Y mi padre, y Lucia? preguntó Nina con precipitación: se acuerdan de mí? me aman siempre? Oh! que feliz sería si les pudiese volver á ver!

—Los verás, hija mia, los verás! y preguntas que si te aman? no eras tú por ventura su vida, su alegría única sobre la tierra? ¡Quien sino tu amor hubiera podido decidirles á....

El padre Antonio se detuvo.

Iba á decir mas de lo que debía y sujetó la palabra que iba á salir de sus labios, pero en verdad que ya era tarde! Nina habia adivinado lo que él no habia querido rebelar.

—Oh! exclamó la niña cojiendo con fuerza la mano del anciano, á que se han decidido? que van á hacer?

Clara viendo su agitación, dejó el asiento que ocupaba y acercándose á la enferma,

—Vamos, dijo, eres una niña demasiado mimada que por todo tiembles, que por todo te alteras, y si no procuras dominarte, jamás te veremos buena.

El sacerdote que hasta entonces no habia reparado en la señorita de Montemar la saludó respetuosamente, teniendo así tiempo de meditar la respuesta que habia de dar á su querida enferma.

—Con que nada medice V? preguntó esta de nuevo.

—Sí, hija mia, si ¿á que he de negarte lo que en breve has de saber? Tu anciano padre, tu pobre segunda madre, enfermo el uno, ciega la otra, no han dudado un momento en dejar su aldea, en emprender un camino, penoso en extremo para ellos, por verte, por estar á tu lado, por una palabra tuya y por probarte cuanto te aman.

—Y van á venir?

—Pronto, muy pronto.

—De veras?

—Adrianesi puede decirtelo.

—Luego él les ha visto?

—Sí.... es decir.... él sabe....

—En breve les verás, Nina, dijo el maestro.

—Dios mio! que felicidad! murmuró la niña con alegría, que felicidad! Oh Clara, Clara mia: ¿que habré yo hecho para que Dios me conceda la dicha de ser amada de ese modo?

En aquel instante el portiers que cubria la entrada se levantó y el anciano Marqués del Prado apareció en aquella puerta.

Saludó al maestro con bondad, miró al sacerdote con extrañeza y dirigiéndose á su nieta le dijo con un acento en que se rebelaba una ternura infinita.

—Veo hija mia, que tu semblante se halla animado, que tus labios sonrien y eso me prueba que te sientes mejor? es verdad?

—Y que soy muy dichosa ahora, dijo Nina con su habitual candor. Oh! si muy dichosa, padre mio!

—Yo me felicito por ello, aunque ignoro todavia la causa.

—Oh! ya sabe V. que mil veces le he hablado de mi santo protector el bondadoso sacerdote á quien debí mi primeras lecciones.

—Sí, respondió el Marqués frunciendo ligeramente el entrecejo, sí, es verdad.

—Pues bien he tenido la incomparable alegría de verlo, y ahora se lo presento á V.

Y al decir esto, la niña con una gracia inimitable estendió la mano señalando al padre Antonio, á quien el anciano volvió los ojos.

—Ah! dijo, ¿conque este caballero....

—Es mi protector, el amigo de mi infancia, el que....

La jóven se detubo.

Iba á decir «el que recibió el último suspiro y la postrera confesion de mi madre» pero se detuvo, sin querer hacer alusion ninguna al pasado.

El Marqués no añadió una palabra.

La venida del sacerdote le contrariaba, pero no se atrevia á manifestar su desagrado.

Una vez recobrada Nina, una vez reconocida y á su lado, hubiera dado la mitad de su vida por horrorar de su mente hasta la sonbra del pasado.

Amándola con todo su corazon, con toda su alma, conservaba, sin embargo vivas y seguras sus ideas de orgullo y vanidad.

Nina representaba para el dos objetos enteramente contrarios.

Mirándola como á la hija de Don Diego, era su vida, su alegría, era el consuelo de su vejez; su amor mas puro y su esperanza mas encantadora.

Pero mirándola como á la hija de una pobre y oscura aldeana, sin blason, sin nobleza, sin fortuna, era un borron en su claro linaje. era el recuerdo de una falta, era una mancha caída en el alto escudo de sus mayores.

¡Ay! el anciano hubiera dado á Nina toda su vida por sacarle la parte de sangre plebeya que circulaba por sus venas.

Así es, que la llegada de aquel cura de aldea, que la traía con su presencia todas las memorias de su niñez, le disgustaba en extremo, y mas le disgustaba aun la alegría que sentia su nieta al verle á su lado.

Pero como hemos dicho antes, no se atrevia á manifestar su desagrado por el temor de causar á Nina un pesar, y así fué que le saludó con la mas ceremoniosa cortesía y le dió al par la bienvenida.

—Y no es esto solo, continuó la enferma, tomando por afecto y vengencia lo que era forzada política, no es esto solo, su presencia me anuncia tambien la de mi anciano padre la de mi buena y santa tia.

—Como! exclamó el Marqués, ellos aqui?

Por esta vez no fué posible equivocar los sentimientos del anciano, y Nina le miró con inquietud y sobresalto.

—Sí, ellos, repitió con voz débil, ellos que me aman, que quieren verme.

—Vertel jamás; eso no es posible.

—Como! que quiere V. decir, señor Marqués, preguntó el Padre Antonio, usando por primera vez de la palabra en presencia del caballero.

—Digo y repito que eso no será mientras yo viva. Que la señorita Paulina de Sandobal, futura Marquesa del Prado, nada tiene que ver con esos mendigos miserables.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL RESCATE DE LAS CIEN DONCELLAS.

(Conclusion.)

Susurrábase ya en los pueblos cristianos la temible borrasca que se preparaba; sabíanse los preparativos de los infieles y no se dudaba de que volverian á reclamar el tributo con todas sus fuerzas. Sin embargo, era tanto el deseo de verse libres de aquel odioso tributo y tantos los interesados en su abolicion, que estas noticias no inspiraban el espanto de otras veces y mas bien preparaban los ánimos á una lid honrosa. Los jóvenes autores de aquella guerra, despues de haber enviado á las doncellas con toda seguridad al seno de sus familias, habian ido á ocultarse en las montañas con los despojos, armas y caballos de sus enemigos, temerosos de la indignacion del monarca y recelando las consecuencias de su arrojada accion, no querian presentarse, hasta

ver el giro que tomaban unos acontecimientos de que habian sido promovedores. Sabíanse el parage en que se ocultaban y nadie pensaba inquietarlos en la persuacion de que si llegaba el momento de la pelea, serian los primeros á dar pruebas de su valor.

Por lo que hace al rey don Alfonso participaba del entusiasmo de sus pueblos. Si hasta entonces se habia conformado á pagar el tributo era porque no bien asegurado en su reino y no atreviéndose á contrarrestar el colosal poder de los infieles, temió atraer sobre sus súbditos las consecuencias de una lid desigual y funesta; pero una vez lazados, ya no era ocasion de volver atrás, ni de suscribir con ignominia á un vergonzoso tributo, sino de rechazarle con indignacion y firmeza. Ni era de esperar otra cosa del monarca á quien su ejemplar conducta y virtuosos sentimientos han perpetuado con el renombre del Casto.

Aprestóse á recibir á los infieles apenas supo que habian invadido sus estados, y como las fuerzas que aquellos traian superaban en la mitad á todas cuantas él pudiera reunir, resolvió aprovecharse de las ventajas del terreno, aprendiendo el ejemplo de sus jóvenes vasallos. En el año de 791 y en un desfiladero cerca de Ledes en Asturias se encontraron las dos huestes, siendo los árabes los primeros en acometer. Cargaron con tal brio, con tan atonadora voceria y con tan furioso ímpetu de sus corceles que la infanteria y la gente menuda de los cristianos se desordenaron desde luego. El rey, sin embargo, no se movió de su sitio, antes blandiendo sus armas empezó á reanimar á grandes voces á los que daban señales de abandonarse á la fuga. Esta circunstancia atrajo hacia él todo el grueso de sus enemigos. Acudieron presurosos todos los cristianos campeones á defender á su rey, formando al rededor de su persona, de las gentes de su servidumbre y de algunos sacerdotes que entonaban plegarias al cielo, un anchuroso círculo guarnecido de erizadas lanzas en las que venian á clavarse los enemigos mas audaces en arremeter. Aquellos fornidos infantes formaban con sus apiñados cuerpos cubiertos de hierro una impenetrable muralla en que venia á estrellarse todo el poder de sus enemigos, sin

que ninguno de ellos pensase en ceder el puesto que allí defendía, por mas sangre que corriese de sus heridas. Impacientes algunos ginetes árabes por no poder separar aquel ostáculo, y confiadas en sus excelentes caballos, trataron de salvar de un bincio aquella balla de lanzas, cayendo temerariamente dentro de aquel palenque animado. Ya tomaban la parte del campo necesaria para venir con el debido empuje en su carrera, cuando la grito y la polvareda que empezó á elevarse en uno de los costados de la batalla, llamaron la atencion de todos. Ordoño y sus valientes compañeros, saliendo de una nube de polvo, aparecen entonces en lo mas recio de la pelea, hiriendo y matando con encarnizado rencor. Esta aparicion desconcierta á los bárbaros que no sostienen la lid con su primitivo vigor; los que defendían al rey don Alfonso acuden á reforzar á sus compañeros; los decaídos cobran nuevo brio y entonces llega la hora de esterminio para los infieles. Setenta mil quedaron en el campo, segun el testimonio de los historiadores, en esta primera jornada por el rescate de las cien doncellas, tan gloriosamente confirmado años despues en Albelda y en Clavijo. La influencia moral de esta batalla fué inmensa por otra parte, como que abrió camino á don Alfonso para conquistar toda Galicia y llevar el terror de sus armas hasta las márgenes del Tago, introduciendo la abundancia y grado de civilizacion, compatible con la época en todos los pueblos conquistados.

Concluida la batalla los jóvenes fueron llamados á la presencia del rey que tendió la mano á Ordoño, cuyas armas así como las de sus compañeros, abolladas y teñidas de sangre, revelaban cual había sido su intrepidez en la pelea.

—Garriardós mancebos, les dijo el monarca, vuestra generosa accion me ha libertado de incurrir en la infame nota que toda la posteridad hubiera lanzado sobre mí... estoy satisfecho de vuestra conducta, id á decansar en el seno de esas familias que habeis noblemente amparado á obtener el primer galardón en la gratitud de vuestras hermanas y en el afecto de las que pronto han de ser vuestras esposas. Yo me reservo el premiar debidamente vuestro valor y vuestra constancia.

F. F.

CORRESPONDENCIA.

Isla de San Fernando. Señora doña M. F., para tener abonado el año 80 solo adeuda 10 rs.

Rota. Señora doña F. B., queda servida la nueva suscripcion y le damos gracias por su interés.

Calahorra. Señor don J. R. Y., con las 13 pesetas que envia deja abonado hasta fin de junio del 80. Las portadas y los índices no se las mando porque no se han hecho.

San Fernando. Señora doña M. F., hasta fin de junio del 80 solo debe 6 rs.

Villafranca. Señora doña R. Z., recibidos los 12 rs. que envia.

Sobrado. Señor don R. M. P., recibidos los 16 rs. y remitido el número 30.

Viana. Señor don L. J., se recibieron los 24 rs. que remite.

Villanueva de Castellón. Señor don E. M., solo tiene abonado hasta fin de abril del 80.

Vista Bella. Señor don E. C., recibidos los 24 rs., se le complacerá en lo que desea.

Pegalajar. Señora doña A. M. de T., adeuda V. á esta administracion 40 rs., y solo 6 rs. su señora hija doña T.

Esteruel. Señora doña F. A., recibidas las 29 pesetas.

Escatron. Señora doña F. S. y M., remitidos los números que desea. Solo adeuda á esta administracion 16 rs. hasta fin del año 80.

Harta. Señor don T. J., en nuestros apuntes no resulta que don A. B. haya abonado nada por V., en esto esta la equivocacion sin duda, quedan recibidos ahora los 12 rs. que envia.

La Guardia. Señor don L. G., recibidas las 6 pesetas que envia.

Rincon del Soto. Señor don J. F., recibidas las 4 pesetas y anotadas 4 á cada uno de los suscritores.

Santiago. Señora doña M. C., anotados los 56 rs. que envia, gracias por su eficacia.

Idem, Señora doña J. R. y V., recibidos los 24 rs. que remite.

Santa Cruz de Tenerife. Señora doña C. B., con los 12 rs. que envia tiene abonado hasta fin del año 80.

Garachico. Señor don N. C., doy á V. gracias por su carta, cuyas frases no merezco. El retrato no lo tengo, pues salió muy mal, pero si me lo hacen de nuevo tendré el gusto de remitírselo: de Escenas del Hogar si hay ejemplares. Un mar sin puerto se empezará á publicar en Setiembre, quedan anotados los 12 rs. á V. y 12 á don A. P. T.

Chiclana. Señor don A. N., quedan recibidos los 16 rs., y con ellos paga hasta fin de agosto, servida la nueva suscripcion por la cual le damos gracias.

Jerez de los Caballeros. Señora doña J. C., recibidos los 24 rs. y estamos conformes con su cuenta.

(Continuará.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia»